



XIX

VENIMOS á ejercer el ministerio de la predicación pacífica y legal que creemos saludable en nuestra España. Al escribir este santo nombre, el corazón se siente movido de aquella gran pasión del patriotismo que ha inspirado tantos y tan gloriosos sacrificios. La patria nos da desde la sangre que corre por nuestras venas y la vida que anima nuestro ser, hasta la palabra en que se engarzan nuestras ideas, y el arte en que se ilumina nuestra fantasía. En esta tierra, empapada con tanta sangre de nuestros padres, con tantas lágrimas de nuestras madres, yacen todos los seres que son sagrados en la memoria y viven todos los seres que son caros al corazón. En medio de nuestras des-

gracias, más afortunados que los hijos de Polonia y de Venecia, aun tenemos patria. Y es nuestra patria una de esas gloriosas nacionalidades, tan grande en las artes de la guerra, como en las artes de la paz, cuyas hazañas han fatigado á la historia, cuyo imperio ha fatigado á la tierra. El mundo antiguo sería hoy esclavo del fatalismo musulmán, si no lo hubiera salvado el valor de España: el nuevo mundo yacería ignorado en los abismos del Océano si no lo hubiera descubierto el arrojo de España. Esta nación cumplirá aún grandiosos destinos en el mundo. Todas las nacionalidades tienen una idea viva, y un carácter propio. Polonia y Hungría han sido las naciones caballerescas del Norte, las que han salvado á Europa de temibles irrupciones, las dos cruzadas que han servido la causa de la civilización en grandes momentos, inolvidables para el mundo. Alemania ha elaborado todos los elementos de libertad, desde el sentimiento individual que traían sus tribus, hasta la libertad de la razón humana que han proclamado sus filósofos y sus mártires. Inglaterra es el país que ha enseñado la práctica de la libertad y las relaciones eco-

nómicas; es la gran nación del positivismo, cuyo único criterio es la experiencia, cuyo único numen es la historia. Francia ha sido el tribuno de los pueblos, el verbo de todas las ideas, la nación que se ha sacrificado mil veces por detener ó acelerar el movimiento de la humanidad, la cual no se ha apoderado de una idea hasta que Francia la ha infundido en su conciencia. Italia ha sido á un tiempo la señora y la esclava de todos los pueblos, la nación á quien todos los poderosos han creído dominar por la fuerza, y que los ha dominado á todos por su inspiración.

Pues bien, este país que habitamos es el glorioso país de la fe y del heroísmo; fe muchas veces en lo imposible, pero fe siempre viva y pura. Por eso ha sido el país de los milagros, el país de la cruzada de siete siglos, el país del descubrimiento y la conquista de América, el país de Lepanto, el país de la guerra de la Independencia, el país único donde la igualdad está hoy en los sentimientos y en las costumbres, el país en que mañana vivirá con más realidad la democracia. Y este país tiene fuera de sí grandes,

inmensas relaciones de vida que llenar. El Africa está pidiendo á nuestras manos el bautismo de la civilización. La América está pidiendo á nuestra voz y á nuestra palabra que representemos sus derechos en los consejos de Europa. América nos odia cuando aparecemos á sus ojos como restauradores de un gobierno imposible, como negando el hecho providencial de su independencia; pero nos bendice cuando aparecemos á sus ojos como hermanos, como hijos de una misma raza, como nobles continuadores, por la libertad y la fraternidad, de la antigua civilización española. No, no olvidan los americanos que nuestro fué el milagro de su aparición en la historia, que nuestros padres son sus padres, que nuestra habla es su habla, que su vida misma es la dilatación de nuestro espíritu en el Nuevo Mundo.

Contra lo que ellos protestan, y protestan con razón, es contra el espíritu ciego de nuestros gobiernos, que mientras no han querido pactar ni un tratado de comercio, ni un tratado literario con aquellas repúblicas, y no han querido tener ni siquiera un correo directo que nos comunicara con aquellos pe-

dazos de nuestra patria, han favorecido en todas partes el pretorianismo que los azota, y la teocracia que los esclaviza. La primera vez que un español ha dado muestras de abrigar sentimientos liberales en su pecho, ha recibido copiosas bendiciones de todos los americanos. Dígalo nuestra última expedición á Méjico. Nosotros, que tantas muestras de aprecio debemos á los americanos y que por espacio de nueve años hemos peleado desde Europa, en su prensa, por la causa de sus libertades, podemos asegurar á los españoles residentes en América, que defenderemos sus derechos, y á los americanos, que proclamaremos su unión fraternal con la generosa España. Y al mismo tiempo trabajaremos con todas nuestras fuerzas, sin descanso, para que nuestro régimen colonial se abra al aliento poderoso del siglo. Cuando descubrimos aquellas feraces regiones que forman parte integrante de la patria, les dimos nuestro mismo gobierno, y leyes aun más pródidas que las leyes de la metrópoli. ¿Por qué los adelantamientos del siglo no han de llegar á nuestras colonias? ¿Por qué no hemos de darles un gobierno propio, una

administración liberal y voz y voto en nuestras Asambleas; derechos preciosos que los unirían fuertemente á la madre patria? Nosotros, en este sentido trabajaremos con noble empeño, con el pensamiento puesto en aquellas hermosas Antillas, tan leales á España, tan dignas de libertad por su civilización y por la nobleza de su carácter. Y no dejaremos este punto, sin recordar que igual empeño pondremos en acelerar la unión anhelada de España y Portugal. Juntos vivimos bajo el yugo romano, juntos en el seno de la monarquía visigoda; á la sombra de unas mismas enseñas, peleamos durante la Edad Media; guiados por una misma fe, dimos á Europa el mundo de lo pasado, Asia; y el mundo de lo porvenir, América; en las costas de Africa hemos contado victorias y derrotas por una misma causa, el absolutismo austriaco nos marcó á todos con su sello: en el presente siglo hemos peleado á un tiempo por la patria y por la libertad; y nuestras almas deben ser una, como es una nuestra historia, una nuestra vida, uno el cielo que nos cubre y uno el Océano que convertimos, merced al arrojó de nuestros navegantes, en lago

encantado de hazañas, de leyendas y poesías.

(De las *Cuestiones Políticas y Sociales*. Tomo III, página 40. año de 1870.)